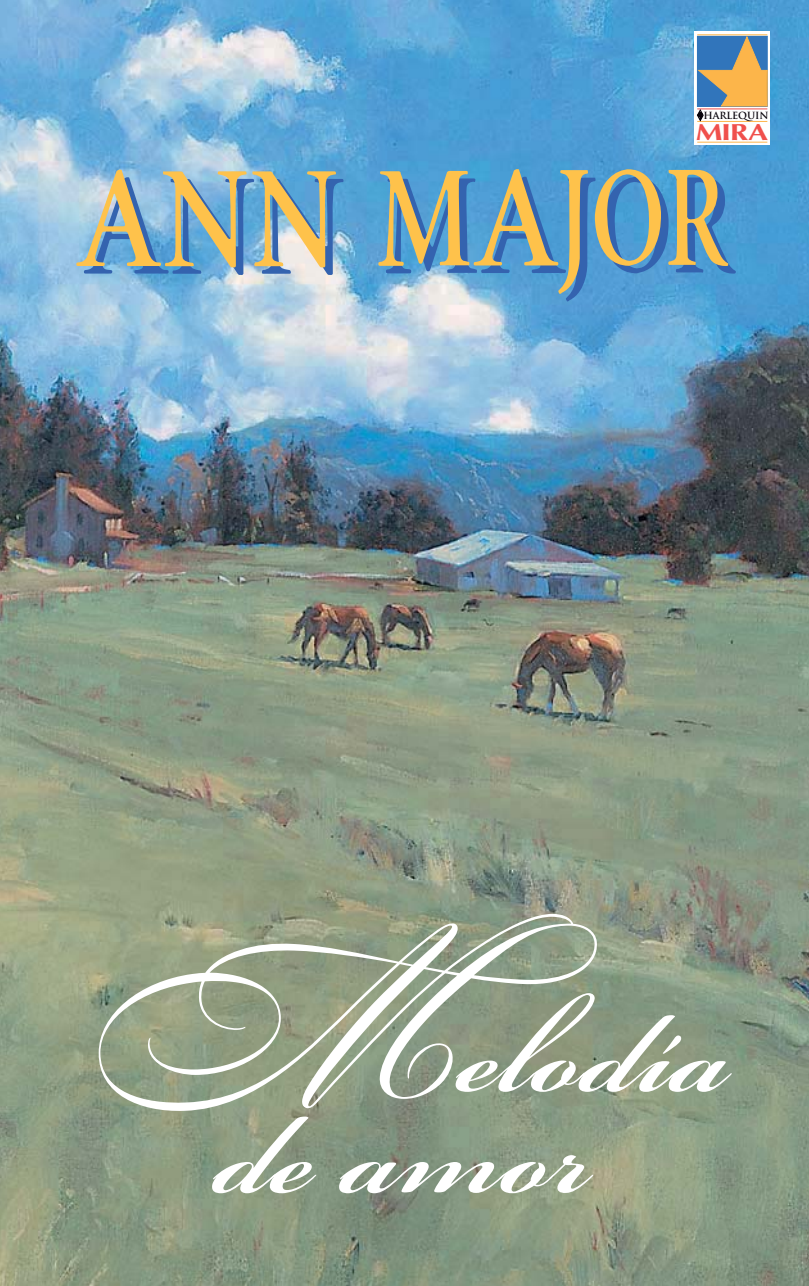
HARLEQUIN MIRA

ANN MAJOR



Melodía de amor

ANN MAJOR

Melodía de amor



HARLEQUIN®

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Ann Major. Todos los derechos reservados.
MELODÍA DE AMOR, Nº 147 - julio 2010
Título original: Marry a Man Who Will Dance
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin Mira es marca registrada por Harlequin Enterprises Ltd. y Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8889-9
Editor responsable: Luis Pugni

Al lado del fuego, mientras las llamas ennegre-
[cen la madera,
una risueña bailarina envuelta en velos de luz,
teje una danza que transforma la oscuridad en
[oro.

Adu Abd Allan ben Abi-I-Khisal.

Prólogo

Houston, Texas
Abril del 2001

La Harley le rugía y vibraba bajo los fuertes muslos tan alocadamente como si fuera una prostituta, y Roque Moya que era medio mexicano y medio angloamericano y que, además, era un hombre muy sexual, lo sabía perfectamente.

En realidad, nadie de Texas lo llamaba Moya. Allí era Blackstone, un apellido que él odiaba, un apellido que la mayoría de la gente odiaba, aunque mucho menos de lo que lo temían. Su padre se había encargado de ese detalle.

Las líneas que dividían los carriles de la autopista se fundían en una sola. No apartaba los ojos de espesas pestañas del velocímetro. Casi ciento ochenta kilómetros por hora. Iba demasiado deprisa como para poder detenerse. Sólo cuando pasó por

delante del mundialmente famoso Instituto del Corazón R.D. Meyer a las afueras de Houston y empezó a haber más tráfico, bajó las revoluciones del motor. La furia le anudó el estómago.

«¡No pienses en ella!».

Odiaba las ciudades. Siempre le parecían sucias prisiones, aunque estuvieran al norte, a aquel lado de la frontera. Odiaba en especial aquella ciudad, porque había sido allí donde su acaudalado padre se había hecho tan famoso por manipular a los jurados que despreciaba con sus mentiras.

Además, ella vivía allí. Se había casado con otro hombre y se había escondido allí de él.

Agarró con fuerza el acelerador. Tenía que asistir a un entierro. Un entierro que estaba deseando presenciar. El del esposo de Ritz.

Pensó en Ritz, en lo que le había hecho y... en lo que no había hecho. Pensó en su gloriosa melena rubia flotando al viento, en sus ojos azules y en cómo pasaban a reflejar un color violeta cuando ella se ponía caliente por él. No creía ser una mujer sensual, pero lo era.

Tenía que saber por qué se había metido en su cama dos meses atrás, porque se había mostrado tan dispuesta a acostarse con él, con el cálido y sedoso cuerpo temblando de anticipación. Había sido la amante perfecta para él, mucho mejor que las anteriores y, sin embargo, aquella noche le había ocultado muchas cosas. Si ella había gozado al menos la mitad de lo que había gozado él, ¿por qué había regresado con su esposo?

Desde aquella noche, Roque había realizado sus investigaciones. ¿Serían ciertas todas las sórdidas

historias que Josh había contado sobre ella? ¿Santa o vagabunda de la frontera? ¿Más bien algo entre medias, algo mucho más complejo? Ya no era una niña, sino una mujer. Una viuda. Había llegado el momento de descubrir quién era en realidad.

No era consciente de que, poco a poco, iba entrando en la ciudad. Sólo podía pensar en Ritz y en la llamada telefónica que había recibido hacía seis horas en el rancho.

—¡Muerto!

—Pero yo creía...

—A nosotros también nos ha pillado por sorpresa, Roque. ¡Nadie hubiera creído que se podría marchar tan rápido!

—¿Cómo ha sido?

—Estaba durmiendo... No ha sufrido.

—¿Cómo... cómo se lo ha tomado ella?

—Está demasiado destrozada como para llamarme siquiera. Francamente, estoy preocupado... Y ella está enferma con un virus estomacal o algo así.

Por alguna razón, aquella noticia lo había puesto nervioso.

—¿Cómo de enferma?

—No hace más que vomitar. Lleva así una semana.

Después de todo lo que había pasado cuidando de un hombre enfermo, de su rico y famoso esposo... De Josh, la peor pesadilla de Roque.

Después de todo, ella había amado a Josh. Comprender aquel detalle lo afectó profundamente.

De repente, las luces de freno rojas de los vehículos salpicaron el paisaje cuando todos ellos pisaron el freno a la vez. Delante de él, un camión de diecio-

cho ruedas pareció transformarse en una sólida pared de plata. Roque frenó tan rápidamente que no pudo evitar que la moto derrapara. Para evitar chocarse contra el camión, puso la moto de costado. Cuando la carrocería chocó contra el asfalto, saltaron chispas. Una piedra le cortó la mejilla cuando se coló por debajo del camión. Un segundo más tarde, salió por el otro lado para atravesar dos carriles repletos de vehículos detenidos. Un tubo de escape le abrasó la mejilla con una bocanada de humo. Del hombro le colgaba suelto un trozo de cuero negro.

Estaba vivo.

—¡Tú, hijo de perra! —le gritó un hombre.

Por fin, Roque pudo detener la moto justo al lado del quitamiedos. Fue entonces cuando se dio cuenta del agujero que tenía en la cazadora negra y de la sangre que le manaba del pecho. Estaba vivo. Ella también. De repente, se sintió mucho mejor. Un repentino deseo se apoderó de todo su ser. Vio unos ojos violetas y una melena dorada extendida sobre la almohada. Ritz volvía a ser libre, igual que él. Agarró la medalla de San Judas que llevaba colgada del cuello para que le diera suerte y la besó. Entonces, se echó a temblar.

—Mierda.

Giró el acelerador e hizo rugir el motor. ¿Dónde diablos estaba la casa de Ritz en River Oaks?

Ritz Keller Evans era una mujer con clase. Una verdadera dama. Elegante. Una princesa. Al menos, eso se suponía que debía ser.

Se golpeó el vientre con un gesto de intranquilidad. Aquel día se había vestido para representar el papel que fingía ser: el de la apenada y rica viuda de Josh. Llevaba puesto un vestido negro, sin joyas. Ni siquiera la alianza de oro. Se la había quitado tal vez demasiado ansiosamente para que ésta fuera enterrada junto con Josh. Tenía el cabello recogido. Estaba tan pálida y tenía una expresión tan reservada que pocas personas se habían atrevido a entrometerse en su pena. Muy pocas personas hablaban con ella. Sus propios padres se habían negado a acudir.

Ritz era una Keller, del legendario rancho Triple K del sur de Texas, la última de las princesas de cuento de hadas que se criaban por aquellos lares. Dado que Texas se fundamentaba en la mentira de que un reino de casi medio millón de hectáreas, mil vacas y un montón de pozos de petróleo debería bastar para hacer feliz a una mujer, los comentarios que se escuchaban sobre ella fascinaban a muchas personas.

¿Qué si sabían la verdad? Que se había enemistado con su familia, que se había acostado con su antiguo novio, Roque, el viril vaquero al que había estado años evitando. Además, no era un vaquero cualquiera, sino Roque Moya Blackstone, el hijo del odioso Benny Blackstone, a quien Roque había conseguido que expulsaran de la comarca. El propio Roque era un egoísta multimillonario que había conseguido su fortuna en las empobrecidas colonias que Ritz a veces visitaba como enfermera. No hacía mucho tiempo que ella misma había conseguido que lo multaran por construir casas insalubres. Aunque fuera el hijo de Blackstone, siendo

medio mexicano, ¿cómo podía aprovecharse de aquel modo de los pobres inmigrantes mexicanos?

Peor aún, sabiendo quién y lo que era, ¿cómo podía ella haberse metido en su cama y haberlo utilizado como semental? ¿Había esperado que el rayo la golpeara dos veces?

El entierro de Josh la había devuelto a la realidad. Estaba arruinada. No había sabido qué hacer consigo misma cuando Josh lo perdió todo y el matrimonio de ambos comenzó a hacer aguas.

En aquellos momentos, lo único que deseaba era su hijo.

Hasta que el negocio de Josh fracasó y él la dejó, todo el mundo había creído que Ritz llevaba una vida privilegiada. Entonces, él había vuelto a aceptarla, aunque sólo para morirse. Naturalmente, todo el mundo sentía curiosidad. Naturalmente, se la fotografiaba, se escribía sobre ella y se chismorreaba sobre su vida.

Ritz había creído en el amor, en el matrimonio y en los hijos.

¡Qué extraño que Josh, a quien conocía desde la infancia, el hijo de un ranchero, se hubiera convertido en el rey de internet de todo Houston para luego perderlo todo tan rápidamente como lo había ganado! A pesar de todo, habían vivido durante cinco años en aquel castillo de River Oaks, el enclave más elegante y famoso de Houston.

Sin darse cuenta, se apretó los dedos contra una cintura que iba perdiendo poco a poco la esbeltez. Igual de rápidamente, apartó la mano antes de que Mamá Evans o alguno de los amigos de Josh pudiera percatarse.

Nadie podía saberlo. Ni su familia ni la de Josh. Ni siquiera Jet, la amiga de toda una vida, ni el padre de Jet, Irish Taylor. Nadie y mucho menos el verdadero padre del niño. Al menos, hasta que Josh hubiera sido enterrado y toda su familia y amigos se hubieran marchado. Hasta que ella estuviera muy lejos de Texas y de las chismosas que observaban todos sus movimientos. Aquella vez, tenía que tener a su hijo. Ésa sería su compensación. ¿Qué otra cosa le debía a él? Estaba igualmente decidida a que no se produjeran desagradables rumores ni comentarios en los periódicos, ni que nadie contara meses o que se preguntara cómo podría haberla dejado Josh embarazada con un estado de salud tan delicado.

Ritz había sabido que estaba embarazada antes de tener síntomas o de señales visibles. Un día se había despertado en aquella casa de muerte y sueños rotos y había abierto la ventana. Los guisantes de olor que escalaban la celosía de la ventana brillaban más que de costumbre y olían mejor. Ritz aspiró su fresca fragancia y se sintió indispuesta. Entonces, lo supo. Susurró el nombre y se tocó el vientre.

—Roque...

Entonces, se había echado a temblar. A continuación, cerró la ventana dándose cuenta de que él era la última persona a la que podría decírselo y la última persona a la que podía desear.

El temor que sentía por él le aceleró los latidos del corazón cuando una figura muy alta y masculina abrió la puerta principal. Era sólo Irish Taylor, el fantástico capataz de su padre. Su arrugado rostro rezumaba amabilidad.

Antes de concebir aquel bebé, Ritz habría dicho que deseaba no haber conocido jamás a Roque Moya Blackstone. Motero, vaquero y seductor. Roque, que era demasiado sexy tanto si se cubría el cabello negro con un pañuelo rojo o con un sombrero vaquero, tanto si cabalgaba en su moto o sobre un valioso semental.

El padre de Ritz siempre había dicho que él había echado a perder la vida de su hija. Ritz hacía mucho tiempo que sabía que nada era tan sencillo como su padre decía. Algunas veces, se preguntaba qué habría ocurrido si no lo hubiera visto bailar a la luz de una hoguera durante una ya lejana noche de verano. Si algún vaquero poco diligente no hubiera dejado abierta la verja del rancho Blackstone al día siguiente. ¿Y si los Keller y los Blackstone no hubieran sido enemigos? ¿Y si Jet no hubiera cedido a la tentación y hubiera encerrado a Ritz en «el reino prohibido»? ¿Y si Jet no hubiera visto a Roque desnudo y le hubiera robado la ropa? ¿Y si Ritz no se hubiera mostrado tan curiosa? ¿Y si Roque no hubiera sido tan viril y tan dispuesto al sexo? ¿Y si él no hubiera robado a Buttercup, la yegua de Ritz? ¿Y si él no le hubiera rodeado la cintura con las manos y la hubiera levantado frente a él preguntándole con un susurro de voz que si quería volar?

Sin embargo, Roque había hecho todas esas cosas... y muchas más.

Ritz sólo tenía entonces catorce años. Era demasiado joven para enamorarse. Entonces, él había tenido que fingir que, por salvarla, había caído herido y así poder ganarse su corazón. Ritz le había regalado su preciada medalla de San Judas y, por su-

puesto, él se había negado a devolvérsela. Desde entonces, Ritz se había visto atrapada entre las redes de su misterioso hechizo.

Efectivamente, si miraba atrás, era capaz de señalar con exactitud el momento en el que su vida había dado un giro fatal. Había sido la noche en la que había visto a Roque bailar como un salvaje medio desnudo en la playa. De repente, se había sentido viva y había cambiado para siempre.

Una mujer suele mirar atrás, especialmente durante el entierro de su esposo, cuando ha cometido graves errores relacionados con un hombre. Este hecho, le rompe una y otra vez el corazón hasta que pierde toda esperanza de recuperar la paz interior y de poder enmendar su vida, al menos en lo que se refiere a los hombres.

Sin embargo, en aquellos instantes tenía que pensar en su hijo. Sólo porque hubiera elegido mal en su vida no significaba que ésta en su totalidad estuviera arruinada para siempre ni que no pudiera ser una buena madre. De una cosa estaba segura. El corazón se le había roto en tantos trozos que necesitaría una vida entera para recogerlos todos. Definitivamente, había acabado con los hombres, el matrimonio, la riqueza y la fama. En especial, había terminado con Roque Blackstone, el hombre que la había hecho pedazos cuando sólo era una adolescente y que tenía el poder de volver a hacerlo una vez más. Si por lo menos pudiera superar el entierro, por fin podría tomar sus propias de decisiones. Hasta entonces, tenía que fingir.

Recorrió con la mirada el elegante salón. El asfixiante aroma de las rosas le provocaba náuseas.

La mesa estaba cubierta de comida. Sin pensar, Ritz se acarició suavemente el vientre.

El obituario que se había publicado en el periódico había sido largo e impresionante. Todo sobre aquel entierro, incluso la joven viuda sobre la que tanto se había escrito, era tal y como el fallecido lo había planeado: solemne, elegante. Perfecto. Tan perfecto como la mentira que había sido su vida.

La madre de Josh, ataviada de seda negra y diamantes, tenía una sonrisa más pomposa y falsa que la que su hijo llevaba en el ataúd. Saludaba a todo el mundo, excepto a Ritz, con ojos húmedos y voz edulcorada. De vez en cuando, hasta se secaba una lágrima inexistente de la mejilla.

No era de extrañar que Josh no hubiera sido capaz de amar a Ritz ni de hacer que ella se sintiera como cuando estaba con Roque. No obstante, ya no había vuelta atrás. No se podía cambiar a Josh ni a su madre. Ni a ella misma.

La regordeta Socorro conocía la verdad y la comprendía, aunque ella siempre había sentido debilidad por Roque. Normalmente, Socorro se pasaba los días planchando, fumando y viendo sus telenovelas. Aquel día, la madre de Josh tenía a la pobre entrando y saliendo de la cocina con pesadas bandejas. Además, el bueno del reverendo no parecía poder parar de leer la Biblia. Si seguía haciéndolo, Ritz iba a explotar. ¿Pena? ¿Nervios? ¿Sentimiento de culpabilidad? ¿Terror? Todo junto.

¿Y si Roque aparecía por allí?

No faltaba mucho. Aquel día, que tan cuidadosamente había planeado Josh, habría terminado. Ritz había tratado de convencerlo para que fuera

una ceremonia muy sencilla, pero él había seleccionado su traje de Armani favorito y había dispuesto que su cuerpo embalsamado descansara en el salón principal de la mansión durante el día antes del entierro. Por lo tanto, durante el día anterior, todas las personas importantes de Houston habían desfilado por delante del ataúd para presentarle sus respetos a él y darle el pésame a Ritz.

El aroma de las rosas y del salmón ahumado estaba empezando a poder con ella, por lo que salió del comedor. Ansiaba tanto poder respirar un poco de aire fresco... salir de aquella casa tan ostentosa que ya no se podía permitir...

—Es una desvergonzada... Todo ese cabello rubio teñido... —le dijo la entrometida de la señora Beasley a la madre de Josh cuando Ritz pasó a su lado—. Yo vivo al lado... —susurró la anciana, tras asegurarse de que la madre de Josh y todos los demás la estaban escuchando—. Las cosas que han ocurrido en esta casa desde que se casó con ella...

Ritz miró fijamente un jarrón de rosas que había en una fabulosa cómoda que Josh había encontrado en París.

—... todos esos hombres...

¿Cuándo? ¿Cuándo terminarían aquellos rumores?

—... jamás quiso a tu pobre hijo...

«Yo creía que sí».

—... novios del instituto...

De repente, Socorro reprimió un grito. La puerta principal se abrió de un portazo y una ráfaga de aire cálido y húmedo entró en la casa, acompañan-

do a la alta y esbelta figura de un hombre vestido de cuero negro.

Con desprecio, todos los presentes observaron al motero de rostro curtido. Sólo entonces, cuando supo que tenía la atención de todo el mundo, él cerró la puerta. Como si fuera un imán, su aura de chico malo atrajo las miradas de todas las elegantes damas.

—Roque...

Ritz sintió náuseas. El corazón empezó a latirle con fuerza. No sabía si permanecer inmóvil o echar a correr. La cabeza le daba vueltas...

Los ojos verdes de Roque, enmarcados por negras pestañas, la atravesaron. La franca sexualidad que había en ellos la deshizo por dentro, tal y como lo había hecho la primera noche, cuando bailaba tan alocadamente delante del fuego. Ritz trató de no mirarlo, pero le resultó imposible. Entonces, vio que tenía la cazadora desgarrada, sangre en la mejilla y que cojeaba un poco.

Una docena de voces empezaron a murmurar.

—¿Qué está haciendo aquí Blackstone? —preguntó Irish, el capataz del padre de Ritz.

A pesar de todo, Roque no dejaba de mirarla. Ritz se sintió envuelta por una corriente cargada de electricidad.

Un camarero levantó una bandeja de langosta y de salón ahumado y se la ofreció a Ritz. El olor a pescado le atenazó la garganta. De repente, no pudo respirar.

—No... por favor... lléveselo... a la cocina... a donde sea...

Tuvo que contenerse para no vomitar. Lo último que vio fue a Roque. Él palideció y una expresión

de preocupación se le reflejó en los ojos. Rápidamente, se acercó a ella para ayudarla.

—No... no...

Las náuseas empezaron a enviar el contenido del estómago de Ritz hacia la garganta. Cuando notó los cálidos dedos de él alrededor de la cintura, se olvidó de todo lo demás.

—¡No me toques!

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

Ritz dejó caer la taza al suelo y trató de incorporarse para zafarse de él, pero Roque la agarró con fuerza por el brazo. La ternura que se reflejó en su voz mientras le secaba la boca con su pañuelo la sorprendió. El cabello negro le caía suelto por los hombros.

—¿Vas a tener un hijo? —quiso saber, con una penetrante mirada en los ojos.

«No. No. Tienes que decir que no».

No pudo hacerlo. Todas las mentiras se le ahogaron en la garganta.

—Es mío...

—No, por supuesto que no —replicó ella, mientras trataba de soltarse.

—¡Esta vez me debes la verdad!

Ritz no pudo responder. Por fin, consiguió apartarlo de su lado, pero, cuando trató de darle una patada, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Un trozo de porcelana rota le rasgó la piel. Alguien gritó. Una mujer. Ella no. Entonces, ¿por qué la estaba mirando todo el mundo?

—Ya te tengo —dijo Roque suavemente—. Te has cortado.

Con mucho cuidado, la puso en pie. Jet y Irish se abrieron paso entre los presentes.

—¡Cariño! ¡Tu taza...!

De algún modo, la madre de Josh y Irish habían conseguido apartar a Roque.

—¡Se ha roto! —dijo Jet.

—¡El brazo! ¡Oh, Dios...! —gritó la madre de Josh—. ¡Has vuelto a vomitar! ¡Tu vestido...!

—No creo que esté roto —comentó Irish, tras examinarle el brazo.

—Socorro, tráeme una toalla —ordenó Jet.

A pesar de todo, la señora Beasley no paraba.

—A Josh le gustaba mucho la jardinería. Cultivaba todas sus rosas. Ella las cortó todas para el entierro, pero se le olvidó ponerles agua y dejó que se marchitaran...

—... una pena que no pudiera serle fiel.

—... mucho dinero...

—... el de ella, el dinero de los Keller...

—... pensé que la desheredarían...

Roque no dejaba de mirarla.

—... ese cabello rubio tan desaliñado. A mí no me parece una viuda decente...

—... hay demasiados...

—... no debería ayudarlos...

—... su trabajo en las colonias tan sólo era una excusa para alejarse de Josh y poder acostarse con todos esos hombres...

Los rasgos de Roque se endurecieron. Los propios nervios de Ritz clamaban como si cada célula de su cuerpo estuviera unida a él. Sólo a él. Estaba embarazada de Roque... otra vez. Y él lo sabía.

No era un muchacho mexicano sin poder alguno. Ya no era el hijo despreciado de su padre blanco y rico.

Jet le había envuelto el brazo a Ritz en una toalla y no dejaba de apretar.

—Es sólo un arañazo. Te pondrás bien.

—Gracias —susurró Ritz—. Creo... creo que necesito subir para tumbarme un rato...

—... no ha derramado ni una sola lágrima —decía la incansable señora Beasley.

Jet empezó a apartarla suavemente de los otros. De repente, Roque se colocó delante de ellas.

—Ya me ocupo yo —dijo.

Tenía la mandíbula apretada y los ojos fieros como dos esmeraldas. El corte que tenía en la mejilla no dejaba de relucir.

Todo el mundo contuvo el aliento, pero no se produjo escena alguna. Jet se hizo a un lado y Ritz consiguió que Roque Blackstone la escoltara a su dormitorio.

Cuando estuvieron en la alcoba, Roque cerró la puerta y observó los trozos de tela negra que había por el suelo y las maletas abiertas sobre la cama.

Ritz palideció. ¿Por qué no se había parado a pensar? Debería haberlo llevado a cualquier otro dormitorio, pero no se le había ocurrido.

Roque se agachó para recoger un trozo de tela.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

—Nada. Mientras tú te diviertes, iré a cepillarme los dientes.

—¿Nada? —replicó él, tomando un sujetador de encaje y unas braguitas que había al lado de la maleta—. ¿Es que te marchas de viaje?

—¡Dame eso! —exclamó ella, sonrojándose. Cuando trató de arrebatarle las dos prendas, él las agarró con fuerza.

—Bonitas bragas —comentó él—. Adecuadas para una princesa —añadió, soltándolas.

—Yo... yo... Tuve que buscar un vestido negro que ponerme hoy —mintió ella, mientras metía las braguitas en la maleta.

—¿De verdad?

Ritz se dio la vuelta y se dirigió al cuarto de baño para cepillarse los dientes. No estaba dispuesta a contarle que la noche anterior se había comportado como una posesa. Que, de repente, había empezado a cortar en trozos su mejor vestido de seda negra y su jersey de lana favorito. Los había destrozado, cortado en trozos minúsculos... Horas más tarde, Jet, que era una abogada muy reputada, la había encontrado sentada en medio de aquel destrozo.

—¿Qué has hecho?

—No puedo llorar y se supone que debo ir vestida de negro. Sólo estoy cortando todas las prendas negras que tengo, hasta los camisones.

Cuando Ritz salió del cuarto de baño, Roque tenía una expresión dura en el rostro. Ritz decidió que no podía decirle la verdad.

—Me alegro de que hayas hecho las maletas —dijo él, antes de que ella pudiera hablar.

—No comprendo.

—Estás esperando un hijo mío.

—No...

—Una prueba muy sencilla demostrará que tengo razón.

—No serás capaz...

—Haré lo que sea para proteger esta vez a mi hijo... Hasta casarme contigo.

—Yo... Yo no voy a volver a casarme nunca.

—Claro que sí te vas a casar. Muy pronto. Conmigo, querida.

—¡No! —gritó ella—. ¿Por qué tienes que hacerme esto? Tú... tú no me amas.

—Tu elegante marido no pudo dejarte embarazada, ¿verdad? Ni él ni ninguno de tus otros amantes. Necesitabas un semental. Un hombre que sabías que te podía dejar en estado... aunque yo sea mexicano. Le engañaste con muchos hombres, ¿verdad? ¿Verdad? —insistió él, al ver que ella no respondía—. Yo no significaba nada para ti. Entonces, regresaste con él para que pareciera que mi hijo era de él.

—No...

—¿Con cuántos otros te acostaste antes de que te metieras en mi cama?

—Eso no es lo que ocurrió y tú lo sabes.

—No me mientas... No vuelvas a mentirme... —dijo Roque, agarrándola del brazo y estrechándola contra su cuerpo—. Sigues creyendo que eres la princesa y que yo soy el plebeyo mexicano...

Ritz no podía mirarlo, ni siquiera cuando él la obligó a levantar el rostro.

—Me utilizaste como semental... Bueno, querida, pues el semental tiene su precio: casarte conmigo.

—Tú no quieres este hijo. Sólo quieres el rancho.

—¿Piensas alguna vez en esa pequeña tumba cubierta de florecillas blancas? —le preguntó él, con desprecio. Ritz palideció—. No voy a consentir que mates a otro hijo mío.

—Estás loco...

—Así es —murmuró él, abrazándola con más fuerza—. Bésame para que sellemos este alocado trato.

—¿De qué trato estás hablando?

—Nos vamos a casar. Marido y mujer, con todo lo que eso significa.

—Yo... yo sólo quiero ser yo misma. Yo. Por una vez. ¡No quiero ser la esposa de un hombre y mucho menos la tuya!

—Deberías haberlo pensado antes de que me utilizaras para quedarte embarazada.

Antes de que Ritz pudiera apartarse de él, Roque le cubrió los labios con los suyos. En aquel devastador beso, había dominación al igual que deseo. Antes siempre había sido tan tierno...

A pesar de todo, aquel brutal desconocido era Roque, el que era tan fantástico y tierno en la cama. El que siempre le hacía el amor durante horas. El que la volvía loca. El que la hacía olvidar por qué su amor no podía ser.

La última vez que hicieron el amor, él había besado cada centímetro del cuerpo, desde la garganta hasta las puntas de los pies. Ella tembló y se acurrucó contra él, abriéndole los labios e invitándolo a que le introdujera la lengua. Cuando Ritz se arqueó, el cuerpo de Roque se tensó. Entonces, apartó bruscamente los labios de los de ella.

—El matrimonio es el único medio que conozco para poder detenerte —dijo él, con voz ronca, como si la despreciara y se despreciara a sí mismo.

—No puedes hablar en serio...

—¿Vas a bajar a decirles las buenas noticias? —le preguntó. Cuando Ritz dudó, Roque volvió a hablar,

aunque aquella vez con la voz teñida de amargura y sarcasmo—. ¿O acaso prefieres que lo haga yo?

Nadie podía apartar la mirada de la escalera de mármol.

—... es horrible... ella, allí arriba... todo este tiempo con ese hombre...

—... y hoy precisamente...

—Tengo que ir a recoger a Chispa de la peluquería antes de que cierre. Si la dejó allí demasiado tiempo, se hace sus necesidades en el asiento del coche.

—No podemos... sin decirle adiós... ¿Cómo te crees que se lo tomaría?

—¿Acaso crees que le importa?

Estos ociosos comentarios provocaron una alocada precipitación en una persona en particular.

De repente, cuando se abrió una puerta en el piso de arriba, las voces y los murmullos cesaron. Todos, en especial una persona, estaban impacientes por ver cómo se cerraba el telón en la farsa que Ritz había representado.

Algo parecía ir mal.

La mano oscura de Blackstone agarraba con fuerza la de Ritz mientras bajaban por la escalera. El cabello rubio de ella se había soltado y le caía como mantequilla fundida sobre los hombres. Los ojos aterrorizados brillaban como los de una muñeca de porcelana. Estaba tan pálida... Resultaba hermosa... Magnética.

Aunque tuviera roto el corazón, Roque la hacía brillar.

¿Le habría hecho el amor aquel canalla en el dormitorio? ¿Acaso creía que la Triple K ya era suya?

Blackstone. Aquel apellido le ponía los pelos de punta. No obstante, una sonrisa enmascaró el odio y las otras oscuras emociones que cobran vida tan fácilmente en un alma herida.

Sin preámbulo alguno, Blackstone dijo:

—Nos vamos a casar.

Una expresión de terror cruzó el rostro de Ritz. Trató de soltarse de él, pero Blackstone la agarró con más fuerza. Con gesto triunfante, recorrió los rostros de los presentes, hasta el de aquella persona que los observaba tan atentamente.

¿Habría visto lo que se reflejaba en él? No. Ritz no era la única capaz de fingir.

La sonrisa. La fachada perfecta seguía en pie. Nadie sospechaba. Ni Ritz. Ni Moya. Nadie sospecharía nada, hasta que las muertes empezaran de nuevo.

Entonces, ya sería demasiado tarde.

Libro Primero

¡Oh cuerpo cimbreado por la música! ¡Oh mi-
[rada alegre!
¿Cómo podemos distinguir al bailarín del baile?

William Butler Yeats

1

Sur de Texas
Tierras de los ranchos de la frontera
1990

—¿Quieres ver a un muchacho desnudo? —susurró Jet, con una sonrisa astuta y excitada. Su aliento resultaba cálido y pegajoso contra la oreja de Ritz.

Ritz se echó a temblar cuando recordó al muchacho que, en realidad, ya no era tal. Era más bien un hombre, que bailaba la noche anterior al lado de una fogata en la playa. Él había sentido la presencia de la joven en la oscuridad. Se había apartado del fuego y había extendido la mano. La sangre había palpitado en las venas de Ritz como si fuera un animal salvaje. A pesar de que había deseado bailar con él, había echado a correr. No obstante, no pensaba admitir lo de la noche anterior delante de Jet.

—¡Primero el puma del sheriff! ¡Ahora un muchacho desnudo! —exclamó Ritz—. Mi madre siempre está diciendo que no haces más que buscarte problemas.

—¿Eso es lo que dice? Pero yo soy divertida y tú eres una aburrida. ¡No me hizo falta mucho para convencerte de que vinieras a ver al puma!

—¡Ya me tocará pagar cuando llegue a casa!

Las dos muchachas iban montadas a pelo sobre sus caballos. Las piernas delgaduchas y quemadas por el sol de Ritz colgaban perezosamente delante de las de Jet, de las que se adivinaba más forma bajo la tela de los vaqueros.

Ritz se obligó a pensar en felinos en vez de en el muchacho de la noche anterior, por lo que no estaba escuchando a su amiga. En pumas, para ser más exacto. En pumas muy grandes que subían desde México para devorar a las niñas de Texas, especialmente en aquellos momentos, porque los mexicanos del Yucatán estaban quemando sus cosechas, o, al menos, eso era lo que decía el sheriff Johnson.

Desde que se habían marchado del juzgado de Carita, los ojos de Ritz habían estado fijos sobre las vallas que había a ambos lados de la carretera del rancho que los Keller se veían obligados a compartir con los Blackstone.

Como siempre, se había olvidado de su sombrero por lo que, en los nueve kilómetros que separaban el rancho de la ciudad, los labios se le habían resecado con el sol. Ritz se los lamió, pero con eso sólo consiguió que le escocieran más.

—¡Te he dicho que sé dónde hay un chico desnudo muy mono!

Aquella vez, el lascivo comentario de Jet consiguió penetrar en su pensamiento. ¿Acaso sabía su amiga lo de la noche anterior?

—¿Quieres verlo o no?

Ritz lanzó una risa nerviosa. Entonces, ocultó el rostro por si Jet sospechaba.

—No se trata de un chico cualquiera —insistió Jet.

—¿Quién?

—Prométeme que no se lo dirás a tu madre.

—¿Le he dicho yo algo alguna vez?

—Roque Blackstone.

—¡Oh, Dios! —exclamó Ritz, antes de taparse la boca. Jet lo sabía. De algún modo, consiguió disimular—. ¡Vaya! Como el puma... ¡Roque Blackstone ha venido desde México!

Jet bajó la voz.

—Y su cosita es casi tan grande como la de Cameron —afirmó la muchacha. Cameron era el semental del padre de Ritz.

—¡No! ¡Eso es mentira! —replicó Ritz. Seguramente se habría dado cuenta la noche anterior.

—Bueno, tendrás que meterte en el reino prohibido y verlo por ti misma, niñita, tal y como hice yo. Así lo sabrás sin duda.

Más risas. Más fingida inocencia.

—No te habrás metido allí, ¿verdad?

—¡Sí!

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde y también anteayer. Va a nadar allí todas las tardes... a las cinco.

—¡Jet! ¿Y si te ve?

—Casi espero que así sea.

Los celos atravesaron el corazón de Ritz, aunque ella no pudo comprender por qué sentía dolor. Estaban casi en la prohibida verja de los Blackstone. Al menos, les había estado prohibida desde que el tío Buster perdió todo su dinero y se pegó un tiro justo delante de la funeraria por consideración con la tía Pam. Menos de un mes más tarde, su viuda le había pagado tal consideración casándose con Benny Blackstone, el hombre que le había empujado al suicidio.

El deseo de Ritz era terminar con las rencillas que existían entre su padre y Benny Blackstone y convertirse en otra legendaria Keller y conseguir así que colgaran su retrato en la galería familiar. Sin embargo, Ritz había dejado de pensar en las rencillas de su familia ni en su gran ambición. No podía dejar de centrar sus pensamientos en el muchacho de la noche anterior y en la enorme cosita de Cameron, que había visto el día en el que el animal montó a una yegua en el rancho. El semental era todo ardor y potencia, energía, furia y poder cuando golpeó a la hembra antes de montarla. El hermoso muchacho de la noche anterior no le había parecido tan cruel...

—Si... si él... Si él la tiene tan grande como Cameron... ¿significa eso que se vuelve tan loco como Cameron... cuando... cuando ve a una chica? Quiero decir, si Roque te hubiera visto, ¿qué te habría hecho? —susurró Ritz.

El muchacho de la noche anterior no encajaba con los hechos que se le atribuían. Roque era el hijo mayor de Benny Blackstone, la oveja negra que todo el mundo decía que no era del agrado de

Benny. Había dejado sus estudios el año anterior. Su madre era mexicana y seguía viviendo en México. Era profesora de español y la segunda ex esposa de Benny. No dejaba que Roque fuera a Texas con demasiada frecuencia, tan sólo algunas veces durante el verano. Su padre sólo lo invitaba porque sabía lo mucho que lo quería Caleb.

Se suponía que Roque era un muchacho malhumorado y odioso. Su propio padre lo odiaba. Todo el mundo decía que era porque Roque había estado a punto de matar a Caleb durante su primera visita, cuando espantó a los toros. Caleb era el hermano menor y el favorito de todos, en especial de su padre. Su madre también había sido la esposa favorita de Benny.

Roque era malo con las chicas, tanto que el verano anterior consiguió que lo enviaran a su casa por algo que hizo con Natasha Thomas en el asiento trasero del coche de ésta. Natasha era cuatro años mayor que él y trabajaba en un bar. Además, era la chica de Chainsaw Hernández, que estaba en prisión por tráfico de drogas.

—¿Te acuerdas de Natasha? —añadió Ritz, sin olvidarse del sensual y provocador baile de Roque junto a la hoguera. Él había sabido que ella estaba allí y había tratado de atraerla al lado del fuego—. ¿Qué crees que Roque te habría hecho si te hubiera visto?

—Es tan grande... —respondió Jet, con una enojosa sonrisa.

—Bueno, pues... Entonces, debe de pesarle mucho. ¿Cómo se la puede meter en los pantalones? ¿Cómo puede andar?

—Si vas a verlo, sabrás cómo se la mete en los pantalones, ¿no te parece? Sin embargo, no dejes que te atrape, porque te la podría meter...

Ritz se escandalizó ante las palabras de su amiga.

—Estás mintiendo. No la puede tener tan grande. Lo que ocurre es que te vuelven loca los chicos.

—También te volverán loca a ti cuando seas más mayor.

Si Jet supiera... Su amiga tenía quince años, cabello negro y rizado, ojos azules y una cremosa y blanca piel. En secreto, Ritz deseaba ser como su amiga. Jet se había desarrollado. Tenía grandes pechos y una estrecha cintura. El resto de las chicas del colegio seguían siendo completamente planas... como ella. Además, la mayoría llevaba aparatos en los dientes y gafas, como ella. Ritz odiaba las gafas.

—¿Sabes qué más? —le preguntó Jet—. Ayer le robé su ropa. Vi cómo se marchaba desnudo a su casa. Prefiero ver desnudo a Roque Blackstone que a ese puma que ha capturado el sheriff Johnson.

Eso era mucho, pero Ritz lo comprendía. A pesar de todo, el felino había sido algo digno de ver. Tal vez no los dieciocho kilómetros que habían recorrido bajo un sol ardiente, pero, a pesar de todo, había sido una experiencia muy emocionante contemplarlo en la jaula que le habían instalado en el juzgado. Ritz recordó los refrescos helados de la máquina que había allí. Si no bebía algo muy pronto, la lengua se le iba a pegar al paladar. El verano era más caluroso que de costumbre. El aire era pegajoso y polvoriento.

El sol hacía que las sienes de Ritz palpitaran con fuerza. Casi agradecía que Jet hubiera mencionado a Roque. Al menos, pensar en su cosita le había distraído de pensar en los felinos sobre los que tanto les había prevenido el sheriff Johnson.

—Debió de ser algo digno de ver contemplar cómo regresaba desnudo a su casa...

Roque era moreno, guapo y fiero. Incluso antes de verlo la noche anterior, Ritz jamás había podido dejar de mirarlo, a pesar de lo poco que lo veía. Estaba entre ellos la enemistad entre las dos familias. Roque era un Blackstone y ella era una Keller. Sus familias se evitaban.

A pesar de todo, el verano anterior, Ritz lo había visto en la ferretería comprando alambrada para las vallas. Lo había mirado y él se había quitado las gafas de aviador y le había devuelto la mirada tan intensamente que ella había tenido que agarrar un par de alicates como si estuviera muy interesada en ellos. Sin embargo, no le había resultado posible fingir. Era como si él hubiera olido la fascinación que ella sentía. La mirada que él le había dedicado antes de volver a ponerse las gafas había acelerado los latidos de su corazón.

—Su padre le pega —dijo Jet, de repente.

—¿Cómo? —preguntó Ritz, recordando el fuerte cuerpo de Roque frente al fuego.

—Está loco. La primera vez que vino, los vaqueros estaban trabajando con el ganado y él se metió en los pesebres con los toros. Entonces, prendió fuego a una ristra de petardos y estuvo a punto de que lo pisotearan. Entonces, Caleb saltó al redil, pero tuvo la mala suerte de caerse. Aunque Roque